

Regina Samson

## Tiempos y lugares de Borges: un panorama de la crítica actual

La revisión de nuevas publicaciones sobre Jorge Luis Borges pone de relieve una vez más la pluralidad de perspectivas a través de las cuales los investigadores literarios leen a este argentino latinoamericano y universal, quien como pocos ha sentado las bases de la literatura moderna. Pluralidad quiere decir, en algunos estudios, desarrollo de nuevas líneas interpretativas, en otros, continuación de líneas ya existentes sin, en lo posible, caer en la trampa de la repetición de viejos tópicos. Es entre estos dos polos que se despliegan las nuevas publicaciones sobre Borges, que se van a reseñar aquí. Otra dicotomía que se encontrará en ellos es, nuevamente, la tensión entre un Borges argentino y un Borges universal: mientras los cuatro primeros autores reseñados (Carlos García, Ivonne Bordelois, Amelia Barili y Beatriz Sarlo), focalizan sus estudios en un Borges contextualizado en el marco de la historia y la cultura argentinas, los otros autores (desde Gregory J. Racz a Graciela N. Ricci) elaboran primordialmente aspectos internos de la obra borgeana (la filosofía, la teoría literaria, etc.) que se han atribuido a la supuesta universalidad de Borges.

En un escritor que como Borges ha sido objeto ya de tantos estudios, interesan sobre todo aquellas publicaciones que ayuden a dar paso a nuevas lecturas. Y así habría que preguntarse cómo contribuyen los libros aquí reseñados a abrir nuevos caminos, a entender la obra de Borges hacia el futuro. ¿Cómo localizan estos estudios la obra de Borges –que desarrollada en el siglo xx tiene todavía en el xix sus huellas temáticas– en el marco de la literatura del siglo xxi? ¿Hasta qué punto se renueva la crítica, que tantas veces se agota en la mera repetición? Y si la repetición es inevitable ¿logran estos libros, al menos, profundizar y actualizar las líneas de investigación ya conocidas?

De los estudios que enfocan al Borges “argentino” y “latinoamericano”, tres iluminan las relaciones –personales e intertextuales– con otros escritores: Macedonio Fernández, Ricardo Güiraldes, Leopoldo Lugones y Alfonso Reyes. Este enfoque interpersonal toma en cuenta tendencias recientes de los estudios borgeanos de buscar en los comienzos de Borges (hasta 1930) elementos que permitan aproximaciones a su obra posterior. Esta perspectiva, inaugurada por *El otro Borges. El primer Borges* (1993), de Rafael Olea Franco, no se ha tomado muy en cuenta hasta hoy.

En su *Macedonio Fernández/Jorge Luis Borges. Correspondencia 1922-1939. Crónica de una amistad*, Carlos García procura entrar en esa zona del Borges joven y comprometido con la historia argentina de comienzos del siglo xx, en la que aparece, en 1921, Macedonio Fernández como una especie de maestro del joven Borges, que acababa de regresar de Europa. Tras el mutuo entusiasmo inicial se enfrían las relaciones con

los años, y a medida que la literatura de Borges crece y madura, se debilita el impacto de Macedonio en Borges. El centro de la relación entre ambos, claro está, han sido siempre las discusiones sobre filosofía y literatura. Sin embargo, García advierte que “el presente trabajo no es un ensayo literario, ni una disquisición filosófica, ni un panegírico, ni un estudio psicológico de los corresponsales, ni siquiera un apresurado intento de biografía doble, sino, apenas, una cantera de datos a disposición de quien desee y sepa usarlos [...]” (p. vii). La correspondencia consiste en doce cartas: ocho de Macedonio a Borges, cuatro de ellas inéditas, y cuatro de Borges a Macedonio. Estas cartas, que fueron escritas a lo largo de diecisiete años de la vida de ambos escritores, con largos paréntesis de silencio, permiten aproximarse a diecisiete años de vida literaria en Argentina. Es mérito de García no sólo haber reunido los textos, sino llamar la atención nuevamente sobre los comienzos experimentales y vanguardistas de Borges. Con su trabajo de arqueólogo literario —que se refleja en un estilo sobrio— García contribuye a la reconstrucción de los inicios literarios del escritor argentino, tan negados por él mismo, y a una valoración más justa de ambos autores.

El libro está dividido en cinco partes, que se quieren complementarias. La primera contiene la transcripción de la correspondencia, ordenada cronológicamente según la datación de García, y respeta con rigor filológico las grafías de las fuentes (impresas o manuscritas) con sus errores de ortografía, puntuación o sintaxis. La segunda parte comprende las notas a la correspondencia: explicaciones, comentarios, aclaraciones, hipótesis, informaciones variadas adicionales en notas al pie de página, conjeturas, fuentes, noticias biográficas y bibliográficas, versiones y variantes. Para el periodo que va de 1920 a 1986, año de la muerte de Borges, García reconstruye a modo de crónica, año por año, las referencias mutuas, y a partir de 1952, año de la muerte de Macedonio, registra las referencias a Macedonio en los textos borgianos. Al respecto hace constar García: “Queda por documentar [...] el periodo 1940-1952, del que no conozco testimonios epistolares. No encuentro datos que certifiquen o comenten encuentros entre Macedonio y Borges, ni proyectos comunes en publicaciones del periodo. A partir de 1941 abundan, sí, las menciones recíprocas” (p. 230). La tercera parte abarca una bibliografía de Macedonio desde 1892 hasta 1953, con la fecha de escritura aproximada de la mayoría de los textos recogidos. La cuarta parte abarca la correspondencia de Macedonio con fecha explícita o datación contextual. La quinta parte, finalmente, proporciona una bibliografía secundaria sobre Macedonio, con mayor atención a los títulos publicados hasta 1952. El libro de García constituye, en suma, un aporte enriquecedor a la historia literaria tanto de Borges como de Macedonio. Lamentablemente la edición presenta a nivel formal negligencias y desprolijidades de toda índole (erratas, enumeración falsa, etc.) que afectan la lectura y desmerecen el trabajo de Carlos García. Una segunda edición debería subsanar estos detalles.

También Ivonne Bordelois, en su libro *Un triángulo crucial: Borges, Güiraldes y Lugones*, parte del hecho de que “Borges nace y se hace en contacto con otros escritores próximos de su generación” (p. 7) y se propone reconstruir el contexto emocional, ideológico, político y estético del surgimiento de Borges como escritor en los años veinte del siglo pasado. En la primera parte del libro (“Una pasión porteña”) Bordelois se ocupa de la canonización de Güiraldes y la simultánea excomunión de Lugones por parte de Borges; en la segunda (“Los virajes de la fama”), de la canonización de Güiraldes por Lugones y su rechazo de Borges; y en la tercera (“Otra vuelta de tuerca”) de la canonización

de Lugones por Borges y su alejamiento de Güiraldes. Para aclarar la sistemática aplicada, veamos más de cerca cómo se examina la primera pareja, Borges y Güiraldes. Primero, la autora compara las semejanzas biográficas, como la pertenencia a familias porteñas tradicionales, el manejo de idiomas extranjeros (Güiraldes el alemán, Borges el inglés), los viajes a Europa, el impacto de la Primera Guerra Mundial, la colaboración en revistas como *Proa* y *Martín Fierro* etc., y luego registra las abundantes diferencias, que la autora resume en una imagen algo placativa: “Güiraldes vive ciertas experiencias que Borges se limita a describir” (p. 21).

La década del veinte es analizada como la de los años dorados en los que el campo literario oscilaba entre modernismo y vanguardia: allí, Bordelois opone el proyecto literario de Güiraldes con su máxima expresión en *Don Segundo Sombra*, de 1926 (“una narración donde va a dirigirse más hacia sí mismo y a su propia experiencia: la de un paisaje, la pampa, que aún no ha sido dicho en lenguaje contemporáneo”, p. 36) al criollismo urbano y vanguardista del Borges de estos años. La autora descubre marcas de Güiraldes en Borges y llega a la conclusión de que Güiraldes es el “eslabón perdido” (p. 54) en la conversión de Borges del ultraísmo al criollismo: “*Luna de enfrente* es el testimonio y el fruto de la amistad y la innegable atracción intelectual del primer Borges por Güiraldes” (p. 55). En cambio Lugones, la figura pública más importante en el ambiente literario del momento y máximo exponente del modernismo en Argentina, es objeto de la sorna y el desprecio del joven Borges. Sobre el papel de Lugones profundiza luego Bordelois, hasta llegar a la conclusión –por todos conocida– de que con el tiempo “Borges no sólo desanduvo sus agudas críticas contra Lugones sino que llegó a reconocer la deuda generacional que él y sus compañeros tuvieron con él” (p. 141).

Si bien el mérito del libro consiste en haber puesto en evidencia la importancia de las relaciones analizadas, el estudio de Bordelois carece de rigor científico. El tema está bien elegido, porque la época del joven Borges merece ser estudiada en detalle, pero Bordelois trabaja el tema de modo más ensayístico que analítico. Así, las afirmaciones no siempre son refrendadas mediante el análisis de textos, y no se verifican fechas ni hechos. Sin embargo, su libro contribuye a la reconstrucción de una época decisiva tanto para Borges como para la literatura argentina y puede ser punto de partida de otros estudios.

Como los libros de García y Bordelois también el de Amelia Barili se centra en una relación interpersonal: *Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes: la cuestión de la identidad del escritor latinoamericano*. La autora se propone mostrar “que en la obra de Borges está muy presente la cuestión de su identidad como argentino y como latinoamericano” y que es considerable la influencia “que el erudito mexicano Alfonso Reyes tuvo en la evolución del estilo de Borges y en la definición de su identidad como escritor latinoamericano” (p. 24). El eje central de la argumentación de Barili es el concepto de “inteligencia americana” (p. 25) de Reyes, del cual se deducen todas las hipótesis del libro: por ejemplo, que existen “claras conexiones entre las teorías de Reyes y las teorías y cuentos de Borges” (p. 29), o que “el cambio en la prosa y en la perspectiva de Borges fue en gran parte resultado de su amistad con Reyes” (p. 29). Aquí, Barili habla de un “cambio radical que se produce en su manera de escribir durante los años treinta” (p. 26), pero no se ocupa de analizar en qué consiste ese cambio; la tesis es discutible y merecería mayor atención.

Los dos primeros capítulos se centran en la adhesión del joven Borges a las ideas de la vanguardia de comienzos del siglo xx: el expresionismo alemán, el ultraísmo español,

el criollismo urbano de Buenos Aires. La autora constata en Borges “una actitud de vanguardia eterna, rompiendo siempre con las formas que lo preceden y anticipándose a otras” (p. 39). Explica la afición de Borges al expresionismo —que seguramente cuadra con su etapa adolescente— por el cuestionamiento al orden establecido, a los valores y expectativas del lector, por sus conceptos del arte y del mundo como voluntad y representación (p. 59). La etapa de criollismo urbano, finalmente, es para Barili, previsiblemente, sinónimo de la búsqueda, por parte de Borges, de su identidad de escritor nacional (p. 74). Remite la temática regionalista de los arrabales y los compadritos a la herencia de su maestro ultraísta Rafael Cansinos-Asséns, quien “le ha señalado la importancia del arrabal como espacio estético” (p. 101). Estos capítulos resumen bien la relación de Borges con las mencionadas corrientes vanguardistas, pero resultan demasiado descriptivos. A esta altura el lector esperaría encontrar un estudio más profundo a partir de los detalles interesantes pero conocidos que reúne Barili.

El tercer capítulo está dedicado a la cuestión de la identidad en Alfonso Reyes a partir del estudio de su formación intelectual. Como a Borges, también a Reyes se le ha acusado de desvincularse de su propio país “y de no contribuir a la búsqueda de la identidad mexicana por tener sus miradas puestas en la tradición cultural europea” (p. 120), reproche al cual el escritor mexicano contestó más de una vez que la “única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal” (p. 124). Es entre estos contrastes —analizados en el cuarto capítulo— que Reyes hace suyo el concepto de “inteligencia americana”: “A lo largo de su obra la utiliza para estudiar y divulgar la cultura mexicana en diálogo con la cultura universal, dentro de una perspectiva desde la que la inevitable condición de hibridez cultural del continente se percibe como algo positivo” (p. 147). Dedicado a la “inteligencia americana” en Borges, entendida como “libertad creativa propia del que escribe entre dos culturas” (p. 166), el quinto capítulo retoma una temática ampliamente conocida viendo cómo se modula en Borges la fórmula de la “inteligencia americana” de Reyes. Cierta esquematismo y una focalización algo estrecha sobre la tesis inicial de la “inteligencia americana” impiden un tratamiento profundizado y suficientemente amplio del tema. A veces el concepto de “inteligencia americana” resulta demasiado emblemático para demasiados fenómenos. Sin embargo, el libro de Barili tiene el mérito de haber comenzado a cubrir una zona poco frecuentada por la crítica, la de la relación entre Borges y Reyes.

La excepcionalidad de Eva Perón, el asesinato del ex presidente argentino Pedro Eugenio Aramburu por los montoneros y algunos cuentos de Jorge Luis Borges son los tres hilos que tejen la tela de *La pasión y la excepción* de Beatriz Sarlo. Una bipolaridad biográfica, la de formar parte de “una generación que fue marcada en lo político por el peronismo y en lo cultural por Borges” (p. 9), marca el comienzo de esta trilogía argentina relatada en un estilo muy narrativo. El año 1970 resalta como clave de la lectura. Es, en la configuración política, el comienzo de la década revolucionaria y sangrienta en el país: “El secuestro de Aramburu fue el comienzo de la marejada” (p. 11). En el plano cultural es a partir de 1970 que Borges “ya comenzaba a ser la cifra de la literatura argentina que fue durante las tres décadas siguientes” (p. 10). El título, *La pasión y la excepción*, remite a esta doble configuración política y literaria. Para Sarlo, el asesinato de Aramburu constituye una excepción en el sentido que le da Giorgio Agamben al término: “La excepción es una especie de exclusión. Es un caso singular que está excluido de la norma general”, y que sin embargo “explica lo general y a sí misma”, y “concibe lo

general con enérgica pasión”; “la excepción no remite a una serie, sino que, en todo caso, la inaugura” (p. 193).

El asesinato de Aramburu “es un hecho de este tipo” (*ibíd.*), y sin embargo no es el comienzo cronológico ni la culminación de la violencia política, sino el punto que “divide un antes y un después” (p. 194). Violencia, pasión, venganza política o revolucionaria: es sobre estas relaciones que Sarlo reflexiona a partir de distintos objetos en su libro, dividido en cuatro capítulos —“Belleza”, “Venganza”, “Pasiones” e “Hipotextos”— que se van intersectando a medida que avanza la lectura. La iconografía de Eva Perón y el intento de superar la leyenda y el culto a la personalidad mediante el análisis de sus condiciones materiales son la meta del primer capítulo. Como material de análisis, Sarlo se sirve de fotos, grabaciones, las dos películas que grabó Eva Perón, escritos, la propia memoria. Destruye sistemáticamente la coherencia de la imagen de Eva Perón, que ésta había perfeccionado con vehemencia. La reflexión gira, para sólo poner unos ejemplos entre muchos, en torno al desplazamiento de Eva del sector artístico a la escena política, al salto de la mediocridad al estrellato, a la relación entre propaganda política y expresión pasional en sus escritos, al fanatismo político-religioso en el discurso de Eva. Un detalle le merece especial interés: “La ropa de Eva fue una cuestión de estado para un régimen que descubrió las formas modernas de la propaganda política y el peso decisivo de la iconografía” (p. 80).

El cuerpo de Eva Perón, pero ahora su cuerpo muerto, es el punto clave también para el segundo capítulo, “Venganza”, sobre el nacimiento del primer grupo de montoneros, con su ideología de violencia política basada en una ley de venganza. Uno de los motivos del secuestro de Aramburu fue justamente negociar el cuerpo de Eva Perón —que había desaparecido después de su fallecimiento en 1952— para que fuese devuelto al pueblo argentino. Finalmente, Eva Perón fue sepultada en el cementerio de la Recoleta, en Buenos Aires, sólo en 1976. En este capítulo, Sarlo recupera las modalidades de la cultura revolucionaria de la década del setenta, con su confluencia entre radicalización política y radicalización religiosa. “Los doce primeros montoneros [...] tocan o provienen de este mundo católico convulsionado primero por las encíclicas sociales de Juan XXIII y, enseguida, por la teología de la liberación” (p. 168).

Hasta aquí, Sarlo ha entretreído esporádicamente referencias a cuentos de Borges (entre ellos “El simulacro”, “Emma Zunz”, “El fin”). En el tercer capítulo, “Pasiones”, la presencia de Borges se adensa. Sarlo, siempre buscando en él nuevas claves de interpretación, vuelve a los tópicos borgeanos tan conocidos del odio, la rivalidad y la pasión; pero en vez de contextualizarlos en el siglo XIX, como es frecuente en la crítica borgiana, los lee ahora en “El otro duelo”, que para ella representa “el ápice de un modelo y su *non plus ultra*. Borges no había ido hasta donde llegó en ese cuento de 1970” (p. 227), en el que “propone de nuevo, esta vez al fin de su vida, el interrogante sobre las pasiones de violencia, orgullo, amor propio y venganza, con el que puede recorrerse su literatura” (p. 206). “La barbarie en el centro de la cultura” (p. 207) es el eje central tanto del cuento de Borges como de *La pasión y la excepción*. Finalmente, los “Hipotextos”, que forman el cuarto capítulo, se pueden leer como *excursus* o suplementos a los capítulos anteriores. Como todo el libro, invitan a una especie de lectura subterránea, cuya novedad no está tanto en los detalles presentados (muchas veces conocidos) sino en su combinación bifurcada y derivada. Cruzar a Eva Perón, los montoneros y Borges y llegar a las pasiones y excepciones exploradas, es una de las posibles respuestas a la situación biográfica

de Sarlo –y de tantos otros intelectuales argentinos– entre el peronismo del setenta y la cultura de hoy.

Sobre el trasfondo de la lectura de Sarlo, que presenta un modo de ver a Borges hoy en día en su país, es interesante plantearse la pregunta complementaria: ¿cómo se considera hoy a Borges en el norte del continente, en Estados Unidos? Los ocho ensayos de *Jorge Luis Borges (1899-1986) as Writer and Social Critic* fueron en su origen contribuciones al congreso sobre “Jorge Luis Borges at the Millenium”, que tuvo lugar en la Long Island University de Brooklyn en diciembre de 1999. El tomo, editado en 2003, conmemora con cierto retraso el centenario del nacimiento de Borges, que mereció, según observa el editor Gregory J. Racz en su prefacio, sólo poca atención en el mundo literario estadounidense. El centenario es por tanto el punto de partida de las aproximaciones a Borges, reunidas en este libro.

Como suele suceder en colecciones de esta índole, hay artículos específicos para diversos gustos y cada lector encontrará lo suyo. Las temáticas presentadas revelan nuevamente a un Borges cuya obra es tan polifacética que difícilmente se encuentra un denominador común. Los dos primeros ensayos. “Borges’s Political World: A Brief Look at 20th-Century Argentine History” (J. Patrice McSherry) y “The Global Appropriation of Jorge Luis Borges: Picking Up the Scattered Pieces” (Ernesto Livon-Grosman), presentan un panorama de los acontecimientos socio-culturales en la Argentina de Borges así como su recepción en Argentina, Europa y Estados Unidos. Al contextualizar a Borges cronológica y geográficamente forman una suerte de introducción para los otros ensayos. “The Derridean Effect in Borges’s Short Fiction and Beyond” (Isaac Rosler) cubre la temática posmoderna y postestructuralista, seguido de “La presencia de Jorge Luis Borges en la narrativa post-Boom de Álvaro Mutis” (Gina Ponce de León). “La escritura de la patria y el problema de la épica en el ‘Poema conjetural’” (Diego Alonso) está relacionado con “Guayaquil: Judíos, argentinos y el fin del nacionalismo criollo” (Fernando Iturburu) por destacar los dos el tema del nacionalismo en textos de Borges. El penúltimo ensayo está dedicado a “Borges and the Baroque: Góngora, Gracián y yo” (Mark Couture), mientras que el último trata de “Trimming Whitman’s *Leaves of Grass*: Borges as Translator of ‘Song of Myself’”(Gregary J. Racz), terminando el libro así con temáticas intertextuales.

Tal vez este libro es sólo uno entre muchos. Tal vez este libro es un tanto repetitivo de la gama borgeana demasiado conocida ya. Tal vez una salida pueda consistir en cambiar la perspectiva de lectura. No basta, observa Livon-Grosman, con “privileging those interpretations that share the same social space, like assuming that an Argentine interpretation of Borges is closer to the ‘truth’ than a European or American one is. On the contrary, it is a matter of looking at the construction of all readings along with their interplay, in order to recover a virtual map capable of opening up new connections among literary works” (p. 44). Esto es también válido para el libro aquí reseñado; tampoco basta, por supuesto, con privilegiar las modas teóricas de los Estados Unidos y leer a Borges ahora solamente desde la perspectiva de los Cultural Studies o los Poscolonial Studies o quizás también los Performance Studies. Leer a Borges (y los artículos aquí presentados) a la luz de preguntas de la crítica cultural en su sentido más amplio, quizás permita contextualizar a Borges de otro modo, abriendo nuevas perspectivas.

El tomo *Borges en Jerusalén*, que editan Myrna Solotorevsky y Ruth Fine, ambas de la Universidad Hebrea de Jerusalén, también es concebido como contribución al cente-

nario del nacimiento de Borges, y también tiene su origen en un congreso, que tuvo lugar en noviembre de 1999 en Jerusalén. El título no remite a una unidad temática del volumen, sino que apunta por un lado al lugar de la conferencia, por otro a la significación de Jerusalén como metáfora del judaísmo en la obra de Borges y finalmente al hecho de que Borges es el único escritor argentino que recibió el “Premio Jerusalén” (1971). También los textos reunidos en este volumen reflejan una pluralidad de miradas sobre Borges desde perspectivas filosóficas, estéticas, históricas, etc.

El libro parece ofrecer una especie de *brainstorming* sobre el fenómeno Borges. Inaugura el tomo Alfonso de Toro con “Jorge Luis Borges. Los fundamentos del pensamiento occidental del siglo xx”, que propone una lectura posmoderna y poscolonial de Borges. Siguen tres artículos que enfrentan a Borges con tópicos filosóficos; “Algunas ideas científicas en la obra de Borges y su contexto histórico” (Leo Corry) culmina en la observación —nada nueva, por cierto— de que tal vez “la única posición filosófica que se puede adjudicar a Borges consistentemente, y sin peligro de confusión, es un escepticismo básico” (p. 49); “‘Las siervas de la literatura’: Filosofía y Teología en Borges” (José Luis Najenson) entiende, según la famosa constatación borgeana, ambas disciplinas como ramas de la literatura fantástica; y en “El concepto de inspiración poética en Platón y Borges”, Shlomy Mualem adjudica a Borges una consistencia filosófica comparable a la de Platón, tesis justamente antitética a la de Najenson. Ema Lapidot se ocupa, en “Borges en Siberia”, del papel de Borges como precursor de la literatura digitalizada y los hipertextos. Un conjunto de artículos pone en relación a Borges con otros autores: “‘El espejo y la máscara’: una aproximación heideggeriana” (Judith Fraenkel Grosgold); “Borges y Cervantes: perspectivas estéticas” (Ruth Fine) y “Borges en la obra de Ricardo Piglia: del planeta Tlön al mundo virtual de *La ciudad ausente*” (Malva E. Filer). Se suman otros artículos, tanto sobre tópicos fundamentales en Borges (el laberinto, el nazismo, etc.) como sobre ciertos aspectos teóricos de su obra (la ironía, la estética de la descentralización, etc.). Es decir, al lector interesado en el polifacético Borges este libro (como el anterior) le servirá de caja china para recurrir en el momento adecuado a uno o dos de los artículos sobre cualquier tema en cuestión.

Ruth Fine es a su vez la autora de un libro de teoría literaria: *La desautomatización en literatura: su ejemplificación en El Aleph de Jorge Luis Borges*. Fine se propone la sistematización de ese término en el ámbito de la crítica literaria. Estudiando la noción de desautomatización desde su surgimiento en la escuela formalista rusa hasta las teorías contemporáneas, su objetivo es proponer una redefinición propia. La autora analiza el funcionamiento textual del extrañamiento “en el discurso literario, en general, y en el narrativo en particular, a fin de elaborar una tipología de la desautomatización para las categorías del tiempo y de la voz narrativa” (p. 7). En la primera parte del libro (cap. 1) se analizan los fundamentos teóricos del concepto de desautomatización, en la segunda (cap. 2 y 3) su aplicación a la narrativa de Borges, tomando para ello ocho cuentos de *El Aleph* (“El inmortal”, “El muerto”, “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”, “Deutsches Requiem”, “La busca de Averroes”, “Emma Zunz”, “La espera” y “La otra muerte”). En su análisis teórico, Fine llega a una redefinición del término en el discurso literario, que incluye la noción de “límite”, no estudiada en profundidad hasta hoy, aunque sustancial: “Existe, entonces, un límite para el ofrecimiento de la transgresión desfamiliarizante, y este límite, que opera a partir de una dialéctica funcional, está constituido por el umbral perceptivo, el cual separa la posibilidad de la imposibilidad de captación o inteligibilidad

del extrañamiento” (p. 56). En caso de la violación de este límite el texto se transforma “en un mensaje estéril, que no plasma mundos ni ofrece goce ni desafío” (p. 56).

Sigue, en la segunda parte (cap. 2), el análisis de los cuentos de *El Aleph* en cuanto manifestaciones narrativas de la desautomatización. A fin de proponer una tipología de la desautomatización en la narrativa, Fine se centra en la temporalidad (analizada, entre otros, en “Emma Zunz”) y la voz narrativa (en “Deutsches Requiem”). Fine considera a “Deutsches Requiem” un “claro ejemplo de potenciación del efecto de desfamiliarización a partir de la subversión irónica de la voz narrativa”, cuya consecuencia es “un estallido de significados posibles” (p. 76), y destaca la “presencia abarcadora y absoluta del narrador autodiegético” y un “grado elevado de manifestación de voz narrativa” (p. 77). Observa que la voz narrativa “se mueve selectivamente entre las elipsis y las pausas descriptivas” y que los blancos creados son “altamente significantes y funcionales” (p. 78). Son éstos sólo unos pocos de los muchos instrumentos que usa Fine para una interpretación que conduce al interior de la estructura de los textos borgeanos. Después del análisis de los cuentos y sobre esa base, Fine presenta (cap. 3) su propia tipología de la desautomatización en literatura, estructurada sobre tres categorías: las relaciones texto-extratexto, las relaciones intertextuales y las intratextuales. Es sobre todo aquí donde residen los aspectos nuevos que aporta el libro, el cual convence por su metodología sistemática y su argumentación lúcida.

*El mito clásico en la obra de Jorge Luis Borges*, de Adrián Huici, lleva en su subtítulo (*El laberinto*) directamente al centro de la investigación. El autor parte de una doble constatación: primero, la constante presencia de mitos clásicos en la obra de Borges; segundo, la falta de investigaciones sistemáticas sobre el tema. Es este vacío que Huici se propone llenar al “estudiar cuál es el lugar que los mitos y algunos temas clásicos ocupan en el contexto general de la obra de Borges” (p. 11). Su metodología es simple pero efectiva: registrar la presencia de los mitos clásicos en la obra de Borges y analizar su función, luego determinar y analizar el laberinto como símbolo más distintivo.

Después de determinar las dos constantes irreconciliables en Borges, la incognoscibilidad del universo y la incapacidad del lenguaje para dar cuenta de la realidad, Huici explica que, por un lado, “el recurso al referente mítico constituye una praxis superadora de uno de los grandes problemas cuyo planteamiento recorre toda su obra: el de las limitaciones del lenguaje como instrumento capaz de mostrar o explicar el universo” (p. 25). Por otro lado, “la literatura borgeana recoge y lleva a la práctica la consideración del símbolo –y, por tanto, de los mitos y la literatura como sus formas privilegiadas– como un modo de conocimiento” (p. 39). Es decir, que el mito, “elemento generador de toda actividad artística, especialmente la literatura”, tiene una función especial: “la producción de sentido” (p. 55). A continuación, se distinguen y clasifican los mitos personales y los arquetipos, y se analiza la presencia en la obra de Borges de temas y mitos de la tradición clásica desde Edipo, Jano, Jasón, Proteo y Ulises hasta Homero y Virgilio, para luego centrarse en el laberinto como círculo, espiral, *mandala*, etc. Por último, se considera a Borges en el laberinto, tomando en cuenta la obsesión y omnipresencia de esta figura “a veces como simple alusión, casi como un tic verbal, otras cargado de un simbolismo complejo y de connotaciones metafísicas capaces de dar vértigo al lector” (p. 135). Desde los laberintos en la vida de Borges, que Huici revisa en base al estudio de Cristina Grau, *Borges y la arquitectura* (1999), hasta los modelos laberínticos de Joyce y Kafka, desde la primera mención en “El truco” (*Evaristo Carriego*, 1930) hasta la clasificación

de los principales laberintos borgeanos, se analiza el laberinto como modelo arquetípico, clásico, y personal de Borges y como “hipotexto último” (p. 261). La tercera parte está dedicada al estudio de varios textos de Borges bajo el aspecto de la presencia de los mitos clásicos y del laberinto. Como punto de referencia sirve el cuento “El Inmortal”, que por “su extraordinaria densidad semántica, la presencia de los mitos clásicos y del laberinto y sus constantes proyecciones intra y transtextuales” (p. 13) es “capaz de representar en sí mismo todos los temas, símbolos y mitos borgeanos” (p. 259).

Huici trabaja de manera convincente un campo hasta entonces no sistematizado por la crítica. El estudio riguroso, de argumentación fundamentada, es al mismo tiempo y necesariamente un paso atrás y otro adelante: vuelve atrás al retomar una temática muchas veces aludida, aunque superficialmente; y avanza, porque el rigor metódico del autor permite una nueva lectura de Borges.

El libro de Susanne Zepp, *Jorge Luis Borges und die Skepsis*, estudia el escepticismo, esa línea tan importante de la filosofía e indispensable para comprender el universo literario de Borges. La tarea sería, según la autora, buscar una solución al problema hasta hoy pendiente, de reconciliar la oposición (entendida tantas veces como contradicción) entre los textos “realistas” y los “fantásticos” (p. 9), y es aquí donde juega un papel el escepticismo. La autora presenta al comienzo, muy sucintamente, dos corrientes del escepticismo fundamentales para Borges. La primera es el escepticismo de Sextus Empiricus, médico y filósofo del siglo II, al que Borges alude en “Avatares de la tortuga” (*Discusión*, 1932). Zepp observa que esta escuela se caracteriza por la isostenia, según la cual cada juicio tiene un juicio opuesto, y todo se da en oposiciones y contraposiciones (p. 15). La segunda corriente es el escepticismo de David Hume, de quien Borges ha tomado las ideas sobre la geometría, el álgebra y la aritmética (p. 22). A estos breves enfoques sistemáticos sigue la interpretación de varios cuentos (“La biblioteca de Babel”, “El jardín de senderos que se bifurcan”, “El Sur”, “Emma Zunz”, “La muerte y la brújula”, “Pierre Menard, autor del Quijote”, “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, “El informe de Brodie” y “Deutsches Requiem”), tomando en cuenta la dimensión del escepticismo en sus dos variantes. Las interpretaciones se destacan por su coherencia y rigor deductivo. Zepp subraya que su lectura de los textos de Borges es sólo una lectura posible, y no *la* lectura necesaria (p. 10), trampa en que no pocas veces caen estudios que se basan en una sola tesis y un solo tema.

La metafísica es el tema del libro de William H. Bossart, *Borges and Philosophy. Self, Time, and Metaphysics*. Quienes quieran buscar nuevos aspectos y detalles en materia filosófica o simplemente quieran saber más sobre la relación que tenía Borges con “sus” filósofos Mauthner, Russel, Macedonio Fernández, Schopenhauer, Coleridge, Spinoza, etc. podrán encontrar en este libro alguna respuesta. Bossart analiza especialmente símbolos metafísicos elaborados por Borges. Porque actualiza y amplía la discusión, la lectura es enriquecedora, especialmente para los lectores interesados en el tema específico de las relaciones de Borges con la filosofía.

En *Las redes invisibles del lenguaje. La lengua en y a través de Borges*, Graciela N. Ricci presenta su tema no sólo desde una pluralidad metodológica sino también desde enfoques interdisciplinarios, siempre en torno a la función autor-lector, y sobre la base del tema de la comunicación. Para Ricci, Borges “ha diseminado en muchos de sus textos, de modo transversal, toda una serie de consideraciones que conciernen al campo de la comunicación. El escritor argentino preanuncia implícitamente lo que en la actualidad es ampliamente reconocido a nivel de las diferentes teorías de la comunicación” (p. 20).

Partiendo de un fundamento teórico por un lado, de la biografía y obra de Borges por el otro, la autora analiza de manera interesante un tema poco novedoso: la importancia de la lengua y la literatura para Borges, abordando el tema desde distintos ángulos, como se observa en la estructura del libro, subdividido en cinco áreas centrales: “Comunicación, Traducción, Transducción”, que abarca la comunicación y la traducción interpersonal/intertextual; “La lengua y sus dimensiones en los textos borgesianos”; “Borges y la función especular”, que pone especial énfasis en la divergencia de Borges respecto de Italo Calvino y presenta un análisis de la literatura fantástica borgeana; “Los hilos invisibles del lenguaje”, con consideraciones sobre la exploración, construcción y depuración del lenguaje y la capacidad del lenguaje de construir mundos; y “Leer la lengua: de lecturas y reescrituras”, sobre la importancia de la lectura renovada y la comprensión creadora del lector en la recepción y construcción del sentido del texto. Entre los muchos temas que Ricci toca, sin profundizarlos demasiado, están la metáfora, el laberinto, la dialéctica centro-periferia, la utopía, el espejo, lo infinito, etc.; es decir, elementos clave pero conocidos de las investigaciones sobre Borges. Es por eso que el libro, que es uno de los que retoman una temática borgeana conocida, no da paso a futuras lecturas de Borges, como lo hace, por ejemplo, él de Sarlo por ofrecer nuevas combinaciones de viejos tópicos.

La oposición entre estas dos autoras es paradigmática para el conjunto de libros aquí reseñados. Los libros que sitúan a Borges en el contexto argentino permiten mejor, a mi entender, nuevas lecturas sobre Borges –necesarias para que la crítica no se agote en repeticiones–. Entre ellos se destacan, por un lado, el libro de García por aportar nuevos datos sobre la relación Borges-Macedonio Fernández así como sobre la juventud de Borges y sus posiciones literarias y, por el otro, el ensayo de Sarlo, que relea un momento histórico con una mirada actual y a base de las experiencias intelectuales y políticas de Argentina desde 1970. El resultado es una lectura muy perspicaz tanto de Borges como de la socio-cultura argentina de los setenta. Como en tantos otros casos, también esta vez la lectura de Sarlo resulta provocativa y sorprendente, y abre caminos para seguir pensando, entre otras cosas, también a Borges. Los otros libros, que leen a Borges situándolo más bien en su marco universal, tienen sus méritos aunque no ofrecen sorpresas. Habría que destacar tal vez el estudio de Huici sobre el mito clásico en la obra de Borges, porque una temática muchas veces tratada en las investigaciones sobre Borges es explorada aquí, por primera vez, sistemáticamente y a fondo. Tal vez deberían éstos ser los dos principios para los futuros investigadores de Borges: buscar nuevas perspectivas de exploración que permitan leer lo que hasta ahora no se había visto, o actualizar y profundizar de manera creativa lecturas y temas ya existentes, abriendo nuevas perspectivas.

## Bibliografía

- Barili, Amelia (1999): *Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes: la cuestión de la identidad del escritor latinoamericano*. Prólogo de Elena Poniatowska. México: Fondo de Cultura Económica. 239 páginas.
- Bordelois, Ivonne (1999): *Un triángulo crucial. Borges, Güiraldes y Lugones*. Buenos Aires: Eudeba. 182 páginas.
- Bossart, William H. (2003): *Borges and Philosophy. Self, Time, and Metaphysics*. New York, etc.: Peter Lang (Studies in Literary Criticism and Theory, 16). IX, 224 páginas.

- Fine, Ruth (2000): *El concepto de desautomatización en literatura: su ejemplificación en El Aleph de Jorge Luis Borges*. Gaithersburg: Hispamérica. 162 páginas.
- García, Carlos (ed.) (2000): *Macedonio Fernández/Jorge Luis Borges. Correspondencia 1922-1939. Crónica de una amistad*. Buenos Aires: VIII, 335 páginas.
- Huici, Adrián (1998): *El mito clásico en la obra de Jorge Luis Borges. El laberinto*. Sevilla: Alfar (Col. Alfar/Universidad, 94). 287 páginas.
- Racz, Gregory J. (ed.) (2003): *Jorge Luis Borges (1899-1986) as Writer and Social Critic*. Lewiston/Queenston/Lampeter: The Edwin Mellen Press (Hispanic Literature, 76). IX, 175 páginas.
- Ricci, Graciela N. (2002): *Las redes invisibles del lenguaje. La lengua en y a través de Borges*. Sevilla: Alfar (Col. Alfar/Universidad, 118). 262 páginas.
- Sarlo, Beatriz (2003): *La pasión y la excepción*. Buenos Aires: Siglo XXI. 270 páginas.
- Solotarevsky, Myrna / Fine, Ruth (eds.) (2003): *Borges en Jerusalén*. Frankfurt/M./Madrid: Vervuert/Iberoamericana (Teoría y Crítica de la Cultura y Literatura, 27). 215 páginas.
- Zepp, Susanne (2003): *Jorge Luis Borges und die Skepsis*. Stuttgart: Franz Steiner (Text und Kontext/Romanische Literaturen und Allgemeine Literaturwissenschaft, 20). 156 páginas.